

Opinión

Enemigos del comercio

POR Adrián Díaz

Una guerra comercial, como cualquier guerra, puede parecer conveniente llevarla a cabo tomando diferentes perspectivas: cuando tus probabilidades de ganar son mayores que tus probabilidades de perder, cuando el botín de la victoria pueda parecer mayor a los costes de la disputa y/o en una guerra de desgaste, cuando, sin haber unos beneficios claros en la victoria, el enfrentamiento se pueda soportar de una forma sostenible o, al menos, de forma más sostenible que tu adversario, prolongándolo hasta que uno de los dos (preferiblemente el otro) caiga.

Cabría pensar que la disputa se da entre dos enemigos del comercio: la China comunista, autárquica y aislada del mundo, y la nueva derecha americana, esa que agita su política a base de volantazos imprevisibles. Pero, ¿por qué se iba a dar una disputa entre dos hegemonías que opinan lo mismo? De estar ambos en contra del comercio, bastaría con promover un pacto mundial de rechazo al comercio. ¿Y si resulta que no opinan lo mismo y uno de ellos sí apuesta por la globalización? Pero ¿de cuál de ellos hablamos? Desde la caída de la Unión Soviética y la incorporación de China al comercio mundial, han existido fricciones pero nunca una guerra comercial desestabilizadora como la que se divisa. Antes del fin de la Unión Soviética, existían dos mundos que prácticamente no se tocaban. Desde entonces, el planeta ha vivido la mejor época de su historia en términos de reducción de pobreza y desigualdades, incluso con una crisis económica mundial de por medio.

Según datos del Banco Mundial, China ha sacado de la pobreza a más de 700 millones de personas en los últimos treinta años y

durante este año reducirá la pobreza extrema por debajo del 1%. Pero esta revolución no es aleatoria. La apertura de fronteras, la inversión extranjera, en definitiva, el comercio, como los chinos dicen, “el comunismo de segunda generación”, es lo que ha funcionado después de haber probado lo opuesto con suerte opuesta.

Seguimos pensando en esa China gris, soviética y autárquica, pero la realidad es que China vive por y para el comercio. Más allá de convertirse en la fábrica del (primer) mundo desde los años 90, sus relaciones comerciales con países africanos, latinoamericanos o asiáticos generan prosperidad. Proyectos como el *One belt, one road* rescatando rutas de comercio milenarias revelan el interés y la voluntad de inversión del Gobierno chino en este sentido.

Por otro lado, seguimos pensando en los Estados Unidos como el gran paradigma de la globalización, sin embargo, la salida prematura del TTP y la renegociación del Nafta nos ha ido dando pistas de cómo Donald Trump pretende reformular las leyes del comercio y, de ser necesario, las de la física. Las fábricas de coches no se fueron a México o a China, se robotizaron. Para que tus ciudadanos compren bienes locales no hay que

Si entendemos que la idea de crear un ‘casus belli’ con China por sus políticas comerciales es en sí misma un disparate, solo queda esperar a que Trump dé un paso atrás

encarecer los productos chinos; hay que producir de forma más eficiente.

China ha contraatacado subiendo tasas a productos como los provenientes de la agricultura, sector al que se dedica la masa crítica de votantes republicanos; no hay miedo a una escalada. Por otro lado, Occidente sigue pensando en productos chinos como *marcas chinas*, cuando la realidad es que un gran número de productos fabricados en China son en realidad fabricados por marcas occidentales. Es decir, una guerra tarifaria perjudica también a nuestras empresas.

Así pues, no es un enfrentamiento entre dos formas de entender el comercio, sino entre una forma de entender el comercio y un enemigo del mismo. Y si asistimos a una guerra de desgaste, habrá que ver quién precisa más de los productos ajenos. *A priori*, los productos chinos son usados por la clase media y baja americana, mientras que los productos americanos son usados esencialmente por la clase alta china. Como sucede en las guerras, una disputa entre personas que se conocen y se odian, la resuelven-sufren ciudadanos de a pie que ni se conocen ni se odian.

Si entendemos que la idea de crear un *casus belli* con China por sus políticas comerciales es en sí misma un disparate, solo queda esperar a que Trump dé un paso atrás (China no lo hará) y cuente a sus votantes que este órdago permitió un acuerdo con China para beneficiar a los suyos enormemente y obtener rédito electoral a costa de haber tenido en vilo a la política internacional. De no ser así, pronto se descubrirá que China es un país soberano con una política comercial que se decide en Pekín y no en Washington y que esa política, además, no ha cambiado sensiblemente en los últimos años sino para abrirse más y más al mundo. ●

El autor es socio de SedeenChina y consultor oficial del Gobierno chino



Más que palabras

POR Javier Vizcaíno

Catalunya: sobre la bocina

Si no hay Llarenazo que lo impida –no descartable, ojo–, todo apunta a que hoy habrá un president investido en Catalunya, e inmediatamente después, un govern. Todo, a apenas una semana para que la carroza se volviera calabaza, es decir, para la convocatoria automática de otras elecciones. La primera pregunta es si para este viaje han sido necesarias semejantes alforjas como las que llevamos coleccionadas en los últimos seis meses. Ocurre, me temo, que la respuesta no va a salir de la reflexión sino del corazón, o sea, de las tripas, que son desde hace mucho los motores del soberanismo y del antisoberanismo. Empezando por los segundos, a ellos plín, pues duermen en el cómodo Pikolín que supone dejar a los otros cocerse en su propio jugo, cárceles, expatriaciones y procesos judiciales incluidos, mientras crecen el encabronamiento y/o la apatía de la sociedad. Qué más quieren las huestes de Naranjito que seguir medrando en la encuestas a costa de aparentar que son el freno y el látigo del separatismo. En cuanto a Rajoy, si algo le incomoda, es lo mencionado: que el pastel se lo está comiendo otro. Más allá de esa faena, el catalán no es su problema. Y en cuanto a quienes van a investir al president número 131, es probable que argumenten que la culpa de esperar al último minuto ha sido de los villanos del otro lado. Puede que no sea incierto, pero el solo hecho señalarlo implica reconocer quién llevaba la manija... y quién la va a seguir llevando. Por lo demás, desde el 21 de diciembre ha habido unas cuantas oportunidades de encontrar una solución como la que ha acabado cayendo por su propio peso. ●

Los textos dirigidos a esta sección de Cartas al Director y Tribuna Abierta (página 2) deberán ir firmados y debe adjuntarse fotocopia del DNI del remitente y número de teléfono. DIARIO DE NOTICIAS DE ÁLAVA se reserva el derecho de publicarlos, resumirlos, extractarlos o corregir su estilo en función de su interés público. No se mantendrá correspondencia. Dirección: Cartas al Director. Avenida Gasteiz 22-bis 01008 Vitoria-Gasteiz. Correo electrónico: cartas@noticiasdealava.com

La elipse afroasiática

POR Augusto Manzanal Ciancaglini

Burundi, un pequeño Estado africano, ha decidido abandonar la Corte Penal Internacional y pone en evidencia su propia situación política, pero también la de otros países de su entorno y los desequilibrios de la justicia universal.

En cuanto a los focos de la Corte Penal Internacional, los datos indican que el grado de protagonismo de África es aplastante: el noventa por ciento de las investigaciones formales señalan a este continente. De esta manera, África ha eclipsado a Asia en el ámbito de actuación de la justicia universal. Sin embargo, en Asia la violencia política se revela a través de las constantes violaciones de los derechos humanos y la difusión de todo tipo de conflictos, especialmente en Oriente Próximo y en Oriente Medio.

La Guerra Civil siria y las hostilidades en Afganistán e Irak superan las 10.000 víctimas mortales anuales, cifra que no es alcanzada por ningún enfrentamiento africano.

Lo cierto es que la violencia transita a través de África oriental, el cuerno de África y los grandes lagos. Por su parte, en dirección contraria, algo parecido sucede a través de un trozo de Asia del Sur y de Oriente Próximo. Todo forma una región con una mayoría de Estados ajenos a la Corte Penal Internacional, en donde hay tantos recursos naturales como insurgentes, terroristas o dictadores. Así pues, este catálogo de países, los cuales poseen una alta probabilidad de no respetar los derechos humanos y de generar conflictos, incorpora a 52 miembros: 26 de África y 26 de Asia.

En definitiva, la salida de Burundi de la Corte Penal Internacional ha desnudado varias cuestiones: por un lado, la búsqueda de impunidad de este pequeño país como reflejo de un anhelo más extendido y la inestabilidad política

crónica en buena parte de África que oscila entre dictadura y guerra civil, por otro, que esta zona colinda con un sector de Asia en el cual las reglas de juego son homologables, pero en donde existe una mayor elusión de la jurisdicción universal.

Esta artificial demarcación que ha sido bautizada como elipse afroasiática no es más que un símbolo, una llamada de atención que señala una porción ardiente del planeta: el uso de esta caprichosa figura en la construcción de un concepto no es casual y juega tanto con su forma como con su raíz etimológica; el circuito de la violencia y la omisión convergen en una misma realidad, y solo la inexorabilidad de la justicia beccariana en todos los ámbitos de la acción humana podrá alterarla. En pocas palabras, la justicia universal, al desvelar su inconsistencia, tendrá que descubrir la necesidad de reordenar su campo de acción. ●

El autor es politólogo